



## CENCERRADA 213

TOMO III

DIRECCION Y ADMINISTRACION:  
CORREDERA BAJA, 20, PRINCIPAL, IZQUIERDA  
MADRID.

—Nostramo, ¡á que no sabe su mercé cuál es el santo más milagroso que hay en la corte de D. Amadeo (que en paz descanse).  
—Efectivamente, Liberto, que me preguntas una cosa á la que no sé qué contestarte, porque á decirte verdad, demonios y diablillos conozco muchos en la corte de D. Amadeo, como tú dices, pero santos...  
—Sí, señor, santos, y santos capaces de jacer cá milagro...  
—Pues, hermano, necesario es que me digas tú quién es ese santo tan milagroso,

porque te aseguro que ni le conozco, ni tengo noticia de ninguno...  
—¡Vaya si le conoce su mercé! ¡Como que ha estao en casa tres ó cuatro veces metiéndose por los ojos, sino que su mercé se empeñó en que no lo habíamos de recibir.... y toavía si su mercé quisiera...  
—Nada, Liberto, no acierto, y por lo tanto, si no hablas más claro...  
—¡Bendito Dios, nostramo, y qué torpe es su mercé del sentío de la cabeza! Pues ha de saber su mercé, y perdone el modo



de señalar, que el santo más milagroso es... es... *San Dinero* bendito.

—Efectivamente que puede mucho, Liberto; pero no sabía yo que el dinero fuese santo, ni desde cuando...

—¡Toma! Benda que son marqueses los taberneros, y daques los alfareros, y condes los aguaceros, y demás nobleza de la España con honra, y como tós estos nobles son tan beatos, cate su mercé por lo que andan siempre á caza del santo de los milagros.

—Pero hombre, si yo no sé qué milagros sean esos...

—¡Y pocos! ¿Quiere su mercé dejar ciego á un ciudadano? Plántele su mercé delante de cá ojo un peso duro, y se queda más á oscuras que un cesante. ¿Quiere su mercé que lo saquen diputao por un distrito donde no lo conozcan? Encomiéndese su mercé á *Santa Doblilla* bendita; y se lleva su mercé de calle tós los votos. ¿Quiere su mercé que lo negro se güelva blanco, que lo malo sea güeno, y que lo de abajo vaya arriba y lo de arriba venga abajo? Récele su mercé una Salve á *San Talego*, y verá si tiene talento el nene pá jacer milagros.

—Algo habrá de eso, Liberto, algo habrá de eso.

—¿Que si hay? ¿No se acuerda su mercé del milagro de los 191, y de D. Entusiasmo, y de... ¡Vaya! ¡Pues poquitos milagros que le podía yo citar á su mercé! En el Congreso tós los días hay milagros, se queda un hermanito frío, se le enseña el santo y se calienta; está caliente demás, se le enseña el santo y se refresca; hay uno que chilla, se le arrima el santo y se quea como en missa; está otro muy callao, se le dá cuerda con el santo y canta más que un canario.

—No tanto, Liberto, no tanto.

—¿Que no? Con un güen cacho de santo

bien manejao, me atrevo yo á perder á Cuba y á Puerto-Rico, y á golverlos á ganar, y tó cuanto á su mercé se le antoje. ¡Vaya! ¡Y que se han inventao ahora unos relicarios que cuestan veinticinco mil dures, que son capaces de resucitar á un muerto. ¿No los ha visto su mercé, nostramo?

—No, Liberto; he oido hablar de ellos, pero no los he visto.

—Pues yo se los enseñaré á su mercé; porque conozco á una hermanita que acaba de recibir uno con otras cuantas reliquias y meallas que valen más de una isla.

—Esos serán cuentos tuyos, hermano.

—¿Cuentos? A ver; pregúntele su mercé al hermano Céspedes, que no me dejará mentir; y él le contará un cuento que se vá á quedar su mercé haciéndose cruces lo que quea de siglo.

—Pues bien, Liberto; sea de ello lo que quiera; nosotros no tenemos que meternos en ello, sino dejar que cada uno haga de su capa un sayo.

—Y que á quien Dios le dé el santo, San Amadeo se lo bendiga. ¿No es eso, nostramo?

—Justamente, Liberto. Déjalo estar, que ya llegará día en que hasta á los santos se les pida estrecha cuenta de los milagros que hayan hecho.

—¿Y cuándo será ese día, nostramo?

—Acaso esté más próximo de lo que tú te figuras, hermano.

—Me parece á mí que se equivoca su mercé, nostramo; me parece á mí que mientras ese santo ande por el mundo, no se acabarán los milagros. Pero, por fin; si su mercé me manda que calle, ya hizo su mercé un milagro conmigo, y no güelvo á desplegar los labios.

En España hay un santo  
muy poderoso,  
que lo feo más feo  
lo güelva hermoso.



Y esto consiste  
en que al santo bendito  
nada resiste.



—Señor general Baldrich; ¿qué necesita usted para acabar con las facciones de Cataluña?

—Eso no vale nada. En dos meses no me queda un faccioso en toda la comarca.

—Pues marche usted.

Y pasa un mes, y otro, y medio año; y nada; no solo no concluyen las facciones, sino que aumentan; mientras el general Baldrich permanece tranquilo en Barcelona.

—Sr. general Gaminde; en vista de que el señor Baldrich no sirve para el caso, desearé saber qué necesita usted para concluir con las facciones catalanas.

—Eso no vale nada; con dos meses y veintisiete millones, queda aquello más limpio que una patena.

—Pues marche usted.

Y pasa un mes, y otro, y medio año; y nada; no solo no se concluyen las facciones, sino que aumentan; mientras el general Gaminde permanece tranquilo en Barcelona.

Y quitarán á Gaminde, y mandarán un tercero, y hará..... lo mismo que hizo el segundo y el primero.

Ya tienen ustedes remendado el ministerio, ¡y flojo remiendo que le ha encajado el hermano Zorrilla! Gallegos de pura raza son casi todos los ministros, y si ahora para los destinos abren un poco la mano á los paisanos, no vá á quedar aguador en Madrid que no sea director general de algun ramo; ni Damingu, ni Bartolú en Galicia que no vaya de gobernador á alguna provincia. ¡Buena gallegada se nos ha venido encima!

En cuanto suena una gaita ú oigan una castañuela, no vá á quedar un ministro que no baile la muñeira.

El Sr. Zorrilla estuvo feliz en la sesión del 17. Con ese aplomo y.... (¿cómo diré yo?) y.... esa frescura que Dios le ha dado, sostuvo que España está completamente pacificada, y que goza de cuantos bienes terrenales puede desear. ¡Si se habrá figurado el Sr. Zorrilla que cada español es un Presidente del Consejo de ministros, con seis mil duros de renta, más.... lo que Dios quiera?

Dice muy bien el ministro, España feliz se encuentra, sin desórdenes, sin trampas, sin partidas y sin guerras. No hay anarquía moral, ni las miserias aumentan, á nadie se debe un cuarto, está brillante la Hacienda. Cesantes y jubilados, viudas, maestros de escuela, todos gozan y disfrutan vida que encanta por buena. Y pues nos hace felices esta chusma zorrillera, ¡España, no seas ingrata! echa al aire la montera, y dí con don Entusiasmo:—  
—pues señor, viva la Pepa.



El Sr. Gaminde ha ofrecido al Gobierno que en cuanto pasen dos meses de haber ingresado en el ejército los quintos, no queda un faccioso en toda Cataluña. Pues entonces ya hay facciosos para rato. Milagro será que no ocurra aquí aquello del compadre, que todos los días le decía á su comadre: —Comadre, en cuantico que me caiga el premio gordo, le compro á su mercé un carricoche; —pero es el caso que, como el compadre no jugaba nunca á la lotería, tuvo la comadre lugar de morir de vieja y que el demonio se la llevara á pié, porque el carricoche todavía lo está esperando.

Si hasta entonces no se acaban, hay lugar de ir esperando, porque... lo que hace los quintos... los quintos... ¡ya van entrando!

\* \*

Recomendamos á nuestros suscritores la *Historia de España*, ilustrada con 130 grabados, que bajo la dirección de D. Juan Cortada y D. Gerónimo Borao, está publicando la acreditada casa editorial de los señores Bastinos é hijo de Barcelona.



—Tráeme el tazon de chocolate, hermano Liberto, que es tarde y...

—Como su mercé no se unte hoy el joico con otro chocolate que el que yo le traiga...

—Vamos, hermano, déjate de bromas y sírveme...

—Le digo á su mercé que no me es posible. Una ocupacion urgente...

—¿Pero qué demonio de ocupacion es esa?

—Estoy sentenciando á muerte á un faccioso de los de la cresta colorá, y hasta que no lo vea colgar no descanso.

—¿Cómo es eso, Liberto? ¡Tú, tan partidario de la abolicion de la pena de muerte! ¡Tan amigo de los de las crestas coloradas, como tú los llamas!

—Pues ahí verá su mercé, nostramo. Me he guelto la camisa, como Sagasta; y lo que quisiera es pescar cá dia á uno de estos facciosos, pá enseñarme á tocar el violin en su pescuezo.

—Me horrorizas, hermano, con tan sanguinarios deseos; y dime, ¿quién te ha dado á tí la investidura de juez, y qué delitos ha cometido ese infeliz...

—Oiga su mercé el capítulo de culpas que le he formao: Nos, Fr. Liberto Palomo, camará de peine del hermano Nicolás, quita-jauecas del Señorito, visitaor general de tabernas y boegas, etc., etc., etc. —Considerando que el hermanito que está enchi-querao lleva año y medio viviendo de lo que pesca, y que es un trasferidor de primera; Considerando que es alborotaor y pendenciero; Y considerando otras muchas cosas que son de considerar: Sentencio al ciudadano de la cresta colorá á ser degollao, colgar, descuartizao y demás menuencias, etc. ¿Qué le parece á su mercé, nostramo?

—Me parece que estás severo por demás y que yo no puedo consentir...

—¿Que toque á degüello? Pues ahora verá su mercé...

—Pero demonio de lego, ¿quién es ese infeliz?...

—¿Que quién es? El pavo que compré su mercé esta mañana.

—Acabáras hombre, que me habias dado un susto...

\* \*





## DOS PEINES.

De la calle de Toledo,  
en una oscura taberna,  
y en un cuarto que apartado  
está á la mane derecha,  
dos camaradas de peñe  
de tapadilla se cuelan.  
Que es andaluz el más grueso,  
se ve á tiro de ballesta,  
por su gracioso zezeo  
y su facha macarena.  
El otro, segun su porte  
y pronunciaciön gallega,  
no deja duda que es  
pariente de la muñeira.  
—Mozo,—dice el andaluz,  
dando golpes en la mesa:—  
arrima, zobre la marcha,  
doz vazoz y doz botellaz  
del vino máz peleon  
que haya nacio de zepa.  
Entra el mozo lo pedido,  
se sale y cierra la puerta.  
—Conque, vamo, Manolillo,  
ya pezcatez la cartera;  
ya vez tú que Nicoláz  
tá cumplió la promeza.  
—Nicolasillo, es muy cierto,  
y en lo que de mí dependa...  
—Yo le jice entrar por uvaz  
al niño de laz jaqueca,  
y á Manolo el dezmayao

y á la mayoría entera.

¡Y mira que hay ynoz peinez!...

—¡Buenas lañas hay, de veras!

pero amigo, se quedaron

á la luna de Valencia.

Ahora lo que acomoda

es ver cómo se maneja

el belen, para que siga

y dure mucho la breva.

Tú, que tienes buenos golpes...

—Zi hemoz de penzar, ezpera.

¡Mozo, mozo! Como el aire,

tráete otraz cuatro botellaz,

que yo no pienzo ná güeno

zi tengo la boca zeca.

Puez, como te iba diciendo,

mientraz que aquello ze acerca,

ez menezter mucho pequiz

y muchízima cautela;

acariciar al que chille,

darle á todoz la contenta,

y en cuanto llegue á llegar

el momento que ze ezpera,

el Dezmayao á Tablada,

el Zeñorito á zu tierra,

lez calamarez al mar,

y a que chille, ze le ezeuerna.

Ponemoz la colorá,

pezcamoz la preziencia,

y ya veráz tú, zalero,

zi hay quien noz toza en la tierra.

¿Entendiztez la toná?

—¡Ay, Nicolás, qué cabeza!

—Como que eztoy deztetao

con bebía malagueña!

—Conque, que no te ze olvía,

¿haz entendió, Becerra?

—Ya estoy al cabo é la calle:

vámonos ya cuando quieras.

—Ezperate, Manolillo,

y tomaremoz la ezuela.

¡Mozo, mozo! Ya eztáz tú

trayéndote zeiz botellaz;

y la cuenta é lo bebío,

pá que pague za ezelencia.





**Carta de fray Liberto al sacristán de la Viñuela.**

Hermanito gori gori: Me alegraré que al recibo de esta lega carta, te encuentres con las costillas como la mujer del ciego, á quien le arrimó un estacazo el *Pater-noster* de tu parroquia por no sé qué coplas. Amen.

Hermanito; sabrás como se han acabao ya toas las partías, las al'cornoqueñas y las de las monteras colorás, y las... por fin, hermano, toas; así es que España está á estas horas en completa tranquilidad, y si el Gobierno dice otra cosa no lo creas, pues es porque á los gobernantes se les antojan los deos güespedes, como á tós los turrone-ros, y pá que te convenzas de ello te voy á contar un sueño vinoso que tuve la otra noche. Pues señor, has de saber que des-pues de haber apurado un par de ametra-llaoras, me acurruqué en un rincon de la celda, y queándome dormío, empecé á so-ñar que estaba yo en la Viñuela, y que ha-biéndome reunío con los del Ayuntamien-to, nos pusimos á echar una brisca, y pá que no nos sorprendieran los de las crestas colorás que andaban por aquellos alreosores, le digimos á un hermanito:—Mira, Juaqui-nillo, tú que eres delgao y te metes por el ojo de una aguja, es menester que te ongas en el camino de Vélez, y nos avises si ves que viene la gente. Pues señor, que nos pusimos con nuestra brisca, y latigazo vá y latigazo viene, cuando cádate tú que entra Joaquinito con un palmo de lengua fuera, gritando:—¡La mar, la mar! ¡Más de quinientos mil republicanos vienen por el ca-mino de Vélez! Decir esto y quearme yo solo con el jarro del vino fué tó uno. Con-

hubo que se metió de cabeza en un saco de jarina, y otros que toavía no han pareció. Pues señor, que como yo ni temo, ni debo, y de perdío no puedo pasar, dije:—Pues me voy á la plaza á ver entrar

el ejército.—¿Y sabes tú quién era el ejér-cito que tanto ruido había metido? Cinco ó seis hermanitos que traían á enterrar á una pobre mujer. Entonces de la risa que me dió desperté, y ví que tó había sío un sueño.

Hermanito chupa-cirios; sabrás como le hemos echao al menisterio una remonta de tapas y medias suelas gallegas, de aquellas que andan solas; ellas no durarán mucho, porque *aquello*.... ¿sabes tú lo que es *aquello*?—Güeno; pues *aquello* está al lle-gar, y en llegando que llegue, ni el ayun-tamiento de la Viñuela corrió tanto como van á correr tós los mandaores que hay por aquí.

Hermanito; sabrás que se dice por los Madriles que á la mujer de su marío le han regalao un relicario, ó cosa por el estilo, que ha costao *veinticinco mil duros*, por no sé qué fregao que ha hecho el marío de su mujer. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que el que ha hecho el regalo, no es ningún maestro de escuela.

Hermanito sotana; sabrás que al señorito le van apretando cada vez más las jaque-cas; de modo que el pobrecito se va consu-miendo por momentos, y me temo que si duran un poco más estos belenes, no va á ser menester embalsamarle más que el pe-llejo y los güesos; y eso que yo me he en-cargao de enseñarle á tocar la pandera y á cantar unos villancicos que le compré á una jitana; pero, ni por esas; y lo peor es que se ha empeñado en largarse, y al fin va á ser menester darle gusto y abrirle la puerta.

Adios, hermanito vinageras; darás memo-rias á la parienta y demás de la sacristía, y tú manda lo que gustes (más que sea una ametrallaora) á tu lego y hermanito,

FR. LIBERTO.





# VILLANCICOS.

Señorito, señorito,  
Dios te dé felices Pascuas,  
como las tuvo aquel rey  
que rabió pidiendo gachas.  
*Carrasclás* qué tiene jequecas,  
*carrasclás* qué malito está,  
*carrasclás* que si no se marcha  
*carrasclás* lo embalsamarán.

Esta noche es Noche-Buena,  
noche de vino y jarana,  
porque es la última que tiene  
el Señorito en España.  
*Carrasclás* echa vino, chica,  
*carrasclás* que voy á brindar,  
*carrasclás* porque venga aquello,  
*carrasclás* que es la federal.

Montado en un organillo  
marcha un mico para Roma;  
y á gritos vá repitiendo  
«mal me ha salido la broma.»  
*Carrasclás* que se marcha el mono,  
*carrasclás* que el mico se fué,  
*carrasclás* que vuelva por otra  
*carrasclás*, *carrasclás* y olé.

Sagasta toca el pandero,  
y Liberto la zambomba,  
y á quien dé Dios trasferecias  
que con su pan se las coma.  
*Carrasclás* qué maldito lego,  
*carrasclás* con el de Ultramar,  
*carrasclás* cómo se jalean  
*carrasclás* los dos camarás.



— Señor, vengo á participar á vuestra magestad que las facciones aumentan en Cataluña.

— ¡Oh mio caro! Mira qué tres levitos tan bonitos heme fecho.

— Además tengo que decirle que las Andalucías están cada día peor...

— ¡E cual casaco gustarte más, mio caro?

— También es necesario que sepa que Madrid está alborotado...

— De contento por mi alivio, ¿no es eso, mio caro?

— Justamente; de contento por su alivio. (Aparte marchándose). ¡Cuándo digo que está chiflao!

\*  
\*  
\*

*El Gil Blas de Santillana* nos dá una importante noticia biográfica del Sr. Zorrilla. Ya sabíamos que el hermano Manolo es pasiego; que sabe conducir el cuévano; que pierde y recobra la fé política cuando pierde ó recobra el tarron; que hace siempre lo contrario de lo que promete; que es intimo de Sagasta, que llora, que se desmaya. Todo esto y otras muchas cosas más, sabíamos del propietario de Tablada; pero no sabíamos, y este es el dato que nos proporciona el estimado colega citado, que el hermano Manolo es *monaguillo de las Salesas*. Bien decía Fr. Liberto cuando aseguraba que aquella beatífica y rasurada cara la habia visto en alguna sacristía y que le olía á incensario.

Y es lo seguro, señores, que en la cara de Zorrilla hay algo de sacristana y mucho de monaguilla.

\*  
\*  
\*

Mientras asegura el Sr. Zorrilla que las facciones han concluido y que la España goza de una tranquilidad envidiable, los facciosos aumentan en las provincias vascongadas, y las partidas federales se re-

nuevan y multiplican por todas partes. ¡Buena está la tranquilidad!

Este hermanito Manolo, y perdone la indirecta, con desmayos y noticias miente más que la *Gaceta*.

\*  
\*  
\*

## Á NUESTROS CORRESPONSALES.

Hermanitos: el año de 72 vá á espirar; pero no os disgusteis por esta mala noticia, y para consolaros os diré que el 73 está al llegar. Necesario es, pues, que, así como el 72 vá á saldar sus cuentas con el Padre Eterno, las saldeis vosotros con este pobre lego, á fin de que entreis en el año nuevo, limpios de polvo y paja, y sin ingleses, que son los enemigos más implacables que han inventado los nacidos.

Pagad, hermanos, pagad, que el fraile dinero espera para pagar unos picos que debe á la tabernera. Pagad, pagad hermanitos, echad las trampas afuera, si es que no quereis viajar metidos en la perrera.



## UNGUENTO HOLLOWAY.

Este bálsamo cura las heridas, llagas y úlceras, tanto recientes como las que cuentan veinte años de duración—aun cuando se haya apelado infructuosamente á todos los demás recursos.—Véndese por todos los farmacéuticos principales del mundo, y por su propietario el profesor Holloway, 538, Oxford-street, Londres.

## PÍLDORAS HOLLOWAY.

Este maravilloso remedio, conocido en el mundo entero, cura infaliblemente todos los desórdenes del hígado y del estómago, hace desaparecer la debilidad física y purifica la sangre con mayor eficacia que todas las medicinas hasta ahora conocidas.—Véndense dichas píldoras por todos los farmacéuticos principales del mundo, y por su propietario el profesor Holloway, 538, Oxford-street, Londres.

MADRID: 1872.

Imprenta de EL CENCERRO; Corredera Baja, 43.